LEA USTED

LA NOVELA FANTASTICA

100 páginas de lectura emocionante y de insuperable interés. Las mejores novelas de su género de los mejores autores del mundo.

Ejemplar: 50 cts.



DON JUAN EN PROVINCIA

La Novela Sugestiva

DON JUAN EN PROVINCIA

por

PEDRO DE VÉLEZ

Ilustraciones de
M E L

38

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

I.—AMBIENTE PROPICIO...



Hoy el corro era más numeroso.

Desde que llegó el alcalde al casino, la terraza se había animado de un modo singular.

Se ahogaban de risa. Tosían, lloraban echándose hacia adelante, cayéndose de las sillas, de las mecedoras, empujándose unos a otros, derribando macetones y veladores... *Mata Ratas,* el conserje y único mozo del *casino,* de este *casino,* que era el de los señores del pueblo, formaba parte del corro y tosía y lloraba y se ahogaba también de risa, viéndose negro para espantar a palmadas y a empujones a la chiquillería piojosa y a los mozalbetes de la plaza, que se obstinaban en acercarse, empeñados en coger al vuelo las palabras de este hombre tan simpático y campechano, de este don Mariano, del *Tío Puñalero,* que debían ser muy sabrosas y atrevidas, como de costumbre.

—¡*Arsa,* aire, largaros, vaya; qué concho tenéis que hacer vosotros aquí ni a qué os importa lo que dice don Mariano, coile!...—protestaba *Mata Ratas* espantando a la chiquillería.

Pero don Mariano, gordo, tranquilo, satisfecho, en mangas de camisa, tomando la leche helada con barquillos y limpiándose el sudor que corría a raudales por su frente y por todo su rostro, gordo y rubicundo como un tomate, sonreía sin cesar, paseando por el grupo de sus amigos y hasta por el corro de la chiquillería y de los mozalbetes una mirada tierna, dulce, casi paternal. E hizo un nuevo chiste:

—¡Déjalos, *Mata Ratas*; déjalos que oigan y que se vayan entrenando!... ¡A saber cuántos de estos mocosos serán hijos míos!...

Se reprodujo la escandalera de risas y de gritos, y en seguida don Pepe, el secretario del Ayuntamiento, que era inseparable de don Mariano, le rogó:

—¡Bueno, Marianito, cuéntanos otro, pero de los buenos!...

Hubo un silencio.

Don Mariano, el *Tío Puñalero,* o, para decirlo de una vez, el alcalde de Torres, de este pueblo de regular importancia, puesto que tenía más de treinta mil almas, y era un pueblo limpio y rico como pocos, estaba contando chistes verdes a la puerta de La Tertulia Popular, Círculo conservador.

—Bueno, veréis éste—dijo al fin a media voz,

y paseando por el corro una mirada brillante y húmeda—. Este lo leí no sé en dónde, creo que en *La Hoja de Parra.* Ya sabéis que fuí suscritor, como al *Piripitipi,* y a *La Saeta,* y al *Venga Alegría,* y recibo *Le Sourire,* de París, aunque entiendo el francés a medias... En fin, allá va. Era una señora de unos cuarenta y cinco años, pero todavía de muy buen ver... ¡Coile, ya lo creo, son las que más me gustan: maduras, blancas, gordas, dulces y que *le dejan a uno* hacer todo lo que quiere, y que...

—¡Al grano, hombre! — le interrumpió don Pepe.

—Bueno, al grano, sí. Dices bien. ¿Dónde estaba yo?

—Sobre una señora de unos cuarenta y cinco años—le contestó un contertulio, levantando otra tempestad de risas.

—¡No me lo hicieras bueno tú, Diego, y ahora mismo!... Pero, en fin, al cuento. Sí, era una señora de unos cuarenta y cinco años, de muy buen ver todavía, la verdad; una ciudadana de esas de estatura regular, más bien bajita, rubia, de carnes muy blancas, de formas todavía, ¡conchi, ya lo creo!, de formas aun muy apetitosas y que tenía unos ojos que iban pidiendo guerra por las calles... ¿Estáis?...

—¡Ya lo creo!...

—Tú sigue, hombre.

—Sigue, Marianito.

—Pues bien; esta ciudadana, a la que podíamos llamar María, por ejemplo, tuvo la suerte o la desgracia, según, de quedarse viuda...

—¡La suerte!—interrumpió Diego otra vez.

—¿La suerte?... ¡Ah, allá ella!... Para mí que fué la desgracia, por lo que ahora vais a ver. Nuestra heroína, que nunca había tenido hijos, era una de esas mujeres que son honradas por temperamento, pero que echaba mucho de menos a su marido, porque..., que echaba mucho de menos a su marido para..., para...

—¡Para la jaca tú, hombre! Ya sabemos para qué.

—¡Ja, ja, ja!...

—Bueno, pues eso. Y la pobre mujer, claro, ¡coile, poneros en su caso!..., languidecía y no hacía más que suspirar, y no se dejaba los retratos del marido ni para ir a misa, y dormía con ellos, y los borraba de tanto besarlos... ¿Comprendéis?... Y... «¡Ay, mi Roberto, mi Roberto querido!»... Y venga con mi Roberto, y dale con mi Roberto... porque, eso sí, me acuerdo perfectamente del nombre del marido, que se llamaba Roberto...

—A ver si era el diablo—interrumpió otro.

—Tal vez; pero si me interrumpís tanto no cuento nada.

—¡Y es claro!

—Callaros de una vez, Diego, y tú, Juanito, hacer el favor.

—Bueno, pues la pobre mujer languidecía. Las



... y oyendo los suspiros contenidos de la pobre mujer.

noches, sobre todo, eran espantosas para ella, porque..., porque... ¿Comprendéis?...

—Sí, hombre; sí.

—... Era una mujer muy ardiente, como yo, que se pasaba la vida recordando a su esposo, y las caricias y los besos de su esposo. Había sido muy feliz en su matrimonio, porque se casó con un hombre realmente querido y que también la adoraba... En fin, que la buena mujer no se hacía a aquella soledad, y a los pocos meses de viuda lloraba, se desesperaba, perdía el sueño, el apetito; perdía la paciencia y estaba a punto de perder la cabeza y hasta el moño. Así las cosas, la mujer comenzó a tener pesadillas y, sobre todo, alucinaciones... Se despertaba cubierta de sudor, con las manos en sus pomas todavía gloriosas y muy apetitosas, ¡concho, ya lo creo!... ¡A los cuarenta y cinco años, la edad en que más me gustan a mí!..., y haciendo unos movimientos lascivos que la desesperaban, pues comprendía que aquella actitud no era, ni mucho menos, la que corresponde a una viuda honesta y recatada. En fin, resumiendo: que sus pesadillas y sus alucinaciones fueron aumentado hasta tal punto, que últimamente la pobre señora creía estar soñando despierta. Soñaba con el marido, claro está, y le parecía que el difunto venía a la casa, se sentaba en una silla a su lado y la iba despojando y se iba despojando de sus ropas... ¡Callaros ahora, que llegamos al punto culminante! Luego se entregaba la pobre mujer a un delirio fantástico, como si su propio marido la abrazara y la besara y la sometiera a las más dulces caricias del amor. Y a tal punto llegaron las cosas, que María decidió, o doña María, como queráis llamarle, consultar con un médico.

Fué a la capital, claro está, para consultar con un hombre eminente, lo primero, y desconocido, lo segundo, ya que tenía que confiarle secretos muy sagrados y cosas violentas, de las que sólo gusta confesar a una persona a la que estamos seguros de no volver a ver en la vida. La mujer pidió hora al doctor, y fué. Hemos de añadir que doña María disfrutaba de buena posición, por lo que para ir a ver al médico se puso sus mejores galas de viuda, y que como mujer rica y limpia iba siempre vestida impecablemente por dentro. Pues bien. El doctor, muy amable, la recibió, fino y cortés.

—Usted me dirá, señora.

—Es una consulta un poco extraña y violenta—repuso la viuda poniéndose un poco encarnada y gratamente sorprendida por la belleza varonil del doctor, que era un hombre de su edad, aproximadamente, pero guapo y gallardo todavía.

—Bien, señora—creyó prudente decir el médico, sonriendo con su mejor sonrisa y repitiendo la frase consagrada—; los médicos, señora, somos verdaderos confesores. Además, yo, por mi especialidad de las enfermedades mentales y nerviosas,

estoy curado de espanto doblemente. Puede hablarme con entera confianza.

Suspiró la viuda, bajando los ojos a la alfombra. Y dijo, al fin:

—Bien, allá va. Es una consulta... muy delicada, doctor. Yo soy viuda, hace cosa de un año. No he tenido nunca hijos, y todo mi cariño, todo mi amor, los había concentrado en mi esposo. Decirle a usted cómo lo adoraba, sería imposible. Eramos como hermanos, más que hermanos, y a la vez los amantes que más se hayan compenetrado, que más se hayan gustado en este mundo... Así es que yo, al quedarme viuda, la verdad, me sentí morir. Eran todas las penas juntas, son todas las penas que pueden caer sobre el corazón, sobre el cuerpo y el alma de una mujer... ¿Usted me comprende?

—Sí, señora, sí. Perfectamente.

—Pues bien. Como ante la muerte no cabe más que resignarnos, yo empecé a resignarme. Mi alma se ha resignado a la separación; pero ¡ay, doctor!... ¡no sé cómo decírselo!..., ¡mi cuerpo no se resigna, no puede resignarse, a pesar mío! Y esto es tanto más de lamentar, y tanto más horrible, cuanto que yo soy una mujer honrada a carta cabal, incapaz de casarme de nuevo e incapaz también de abordar con nadie una aventura... Mi situación se ha agravado últimamente, porque tengo pesadillas, alucinaciones, ¡y me muero, doctor, me ahogo!...

La mujer se interrumpió, llevándose ambas manos al pecho, altivo y hermoso.

—¿Qué clase de pesadillas, de alucinaciones tiene usted, señora?

—Siempre con mi marido. Que..., ¡me es violento decirlo!..., ¡que duerme conmigo y me hace objeto de todas sus caricias, de todas sus atenciones más dulces!...

—¡Ya! ¿Y las alucinaciones, señora?

—Las alucinaciones aun me atormentan más: de noche y de día, dormida y despierta, se me aparece el cuerpo de mi esposo; pero no completo, ¿eh?..., sino una parte...

—¡Ah!...

—Sí, señor; medio cuerpo justo.

—¿Cómo medio cuerpo, señora?...

—Sí, doctor. De la cintura para abajo. Y usted comprenda lo que me hace sufrir...

—¡Señora!—murmuró entonces el doctor—, reconocer a un hombre de la cintura para abajo es casi imposible...

Pero doña María se irguió. Y, muy digna, exclamó, medio levantándose:

—¡Señor: veinte años de fidelidad conyugal me dan derecho a reconocer a mi esposo, aunque sea de la cintura para abajo!... ¡Lo conozco bien, lo conozco perfectamente!... ¡Recuerdo todos sus encantos masculinos, un lunar que tenía en la ingle derecha, todos sus contornos, el color inconfundible de su piel; todo, todo!...

—Bien, señora—se inclinó el doctor—. No lo dudo.

—Y yo he venido precisamente a que usted me aconseje, a que usted me dé algún remedio... Dicen que las duchas; pero a mí no me hacen nada; las he probado... ¡A ver si hubiera algún remedio!...

El doctor se acercó a su clienta. Entonces, comprendiendo lo que la señora necesitaba, la dijo que había que auscultarla; dejó al aire los pechos duros y firmes de doña María, aplicando un oído, y oyendo los suspiros contenidos de la pobre mujer... Y luego mordió en una fresa, aun altiva, mientras decía abrazando a la viuda:

—¡Usted, señora mía, lo que necesitaba, lo único que necesita es *esto*!...

Y... ¡¡no tengo que decirles a ustedes la receta que le hizo a la pobre mujer!!—terminó el alcalde entre las risas generales—, porque es una receta que todos podemos extender sin haber estudiado en ninguna Facultad. ¡Vámonos, Pepe! ¡Ya está aquí el coche!...

II.—UN MARIDO MODELO



DON Mariano Martín, el «tío Puñalero, el alcalde de Torres, tenía automóvil, en efecto. Mejor dicho, tenía dos, y galera y tartana, y caballos y mulas de tiro, como corresponde a su categoría de millonario. Era un hombre de unos cuarenta y ocho años; pero tan fuerte y bien conservado que más parecía tener treinta o treinta y dos. Alto, gordo, grande, hijo de ricos, era dueño de medio término del pueblo y de calles enteras de Torres y de los pueblos de las cercanías. Casado a los veinticinco años con una muchachota buena, gorda y sana como él, tenía a la sazón siete hijos, y no había tenido más porque Dios no se los había mandado, no porque él no pusiera todo de su parte para que vinieran al mundo. En este noble empeño ponía casi tanto entusiasmo como él su digna esposa, doña Blasa, que aun hoy, en que ya tenía cuarenta

y dos años cumplidos, era una realísima hembra de no despreciable hermosura. Pero don Mariano estaba harto de decirles a sus amigos del casino y de todo el pueblo:

—Es una santa mi mujer y me guta a rabiar, la verdad; pero la verdad es también que no puedo remediar que me gusten las otras. Además, la monogamia es un crimen. ¡Señor, si yo necesito diez o doce mujeres!, ¿por qué no he de tenerlas, si las hay de sobra y a cual más ricas?...

La palabra *rica* tenía en los labios de este hombre gordo y guapo, conquistador e insaciable, una acepción, una dulzura, un significado especial y nuevo. Era como un beso que daba a todas las mujeres guapas con que se cruzaba, aunque fuera desde lejos: «¡Qué rica!»... Y este «¡Qué rica!» era como un beso goloso en la boca o en la gloria de un pecho desnudo...

—Bueno; ¿vamos para allá?—preguntó don Mariano.

—Sí; para *La Blanquiza*—repuso su íntimo don José—. Ya lo tienes todo preparado.

—¿Qué?... ¿La chiquilla?...

—Parece que sí—repuso el secretario del Ayuntamiento.

Los ojos del alcalde tomaron un brillo intenso, de fiera en celo. ¡Ahí era nada!.. ¡Orosia, la hija de «la Mosca»!... La muchacha más linda y codiciable de la vega que rodeaba a Torres!... ¡Para él!... ¡Ah!...

Se relamía. Tenía don Mariano un gesto especial y único para subirse los pantalones, como si tirara de todo su cuerpo hacia arriba, y ahora lo hizo subiendo al carruaje. Era un *Ford* nuevo, magnífico, aunque su hijo mayor andaba ya por esas carreteras, llevando un *Packard* que le había costado al padre diez mil duros. Nadaban en oro. Nada más que la renta de una de sus fincas, la «Dehesa del Campillo», pasaba de los cuarenta mil duros anuales. Y tenía el alcalde 18 cortijos, otras cinco o seis dehesas, casas de campo, que eran palacios, y montes, huertos, olivares que cubrían kilómetros, y viñas, muchas viñas, extensas como mares...

Partieron. Un triunfo el paso del coche del alcalde por las calles en esta tarde de verano.

—¡Adiós, Mariano!...

—¡Adiós, don Mariano!...

—¡Adiós, Marianito!...

Todo el mundo agitaba las manos, los pañuelos, como si pasara un emperador. En este triunfo de apoteosis, no eran las menos efusivas las mujeres del pueblo que iban hacia los campos vecinos, las señoras que se veían tras las rejas o a las puertas de las casas, tomando el fresco... En muchos labios femeninos aparecía una sonrisa ambigua, mientras los rostros se cubrían de ligero carmín... Y don Pepe, «Pepe», como le llamaba el alcalde y todo el mundo familiarmente, tenía a veces que

tocarle con el codo al alcalde, mientras le decía en voz baja:

—¡La Herminia, hombre!... ¡Doña Nicolasa, la coja!... ¡Saluda, ladrón!...

Y don Mariano tenía que volverse en el asiento, volver a medias el busto formidable y agitar su manaza por la ventanilla trasera del carruaje.

Luego comentaba:

—¡Doña Nicolasa!... ¡Conchi, ya lo creo!... ¡Aún, aún!... ¡Pasé tres tardes con ella deliciosas cuando el marido se fué a Valencia!... ¡Qué rica!...

Cuando ya salían del pueblo y el coche enfiló la gran carretera que iba hacia Hellín, el millonario pidió detalles a Pepe. ¡A ver, a ver!... Conque... ¿la Orosia?... ¿Aquella chiquilla tan guapa, a la que llamaban «la Naranja» por el color de oro pálido de sus mejillas frescas?... ¡Ah, Dios, gran Dios!... ¿Pero tú has hablado con ella?—preguntó ahora el millonario, relamiéndose.

—¡Yo qué tengo que hablar con ella para nada, so tonto!... ¡He hablado con la madre!...

—¿Con «la Mosca?

—Y claro. Con tu guardesa.

—Pero... esa mujer, ¿no era inconmovible?

—¡Bah, bah!—rió el secretario del Ayuntamiento, que era el que le arreglaba al alcalde y millonario todos los trapicheos—. ¡En cuanto echas un par de billetes de cien pesetas por delante!... Ayer por la tarde fuí a tu cortijo, a «La Blanquiza»,

y hablé con «la Mosca», ya te digo. La mujer, desde que se quedó viuda, está sin sombra, y siempre temiendo que tú las pongas en la calle a ella y a sus dos hijas, y lleves allí a otro matrimonio; por eso creo que tiene prisa de casar a Orosia, «la Naranja», que sabes es la mayor...

—Sí, ¿y qué?...

—Pues nada; que hablé con ella y comencé a insinuarme; la Pascuala, que se creía que iba por ella, hubiera estado rendida en el momento.

—¿Ah, sí?...

—¡Figúrate!... Pero cuando supo que iba por Orosia se puso seria, muy seria... Yo comencé a hacerla reflexiones: «¡Mira, mujer, que os jugáis el pan y la suerte!... ¡Si don Mariano quiere, podéis ser ricas, muy ricas..., quién sabe si dueñas del cortijo con el tiempo!... Todo depende de que tú convenzas a la muchacha para que el amo pase aquí unas horas con ella, solos los dos en el cortijo!... Y después, como si no hubiera pasado nada. ¿No vas a casarla?» «Precisamente por eso», me contestó «la Mosca», que sabes que es lista como un lince. Pero como yo ofrecí luego en tu nombre mil pesetas, dos mil pesetas..., la Pascuala comenzó a ablandarse, y acabó por decirme que hablaría con la muchacha... Conque... ¡Así están las cosas!...

—¡Calla, calla!... ¡Qué *rica!*—comentó el alcalde relamiéndose—. ¿Y tú cres que «la Naranja»?...

—¡Toma!...

Hubo un silencio.

Luego el alcalde preguntó:

—¿No la diste nada?

—Sí; la di veinte duros.

—Muy bien hecho. Nada que eche abajo tanto la virtud de una mujer como el aceptar el primer dinero... De este modo... ¡Mira, ya estamos! ¡Mira los perros!...

* * *

Llegaban, en efecto. Poco después, el coche, seguido de los tres perros, que ladraban alegremente olfateando al amo, se detenía ante la gran plazoleta del cortijo. No había nadie por aquí, sino «la Mosca», según la consigna dada el día anterior por don Pepe. Y la guardesa, enlutada y triste, salió a recibir a los recién llegados, recogiéndose el mandil.

—¡Mu buenas tardes, señoritos, tengan ustés! —saludó la mujer, bajando los ojos al suelo.

El secretario se despidió en seguida, pretextando tener que ver a los trabajadores, que andaban lejos del cortijo. Y quedaron solos la guardesa y el alcalde, su amo.

Era don Mariano un hombre bondadoso, campechano, pero con un cinismo que en él resultaba encantador por lo espontáneo, y en seguida que se sentaron en la gran cocina de campana abordó la cuestión.

—Bueno, mujer, ¿y qué?... ¿Has hablado a tu hija? Ya sabes a lo que yo vengo...

La guardesa hizo un gesto doloroso, y contestó, bajando los ojos al suelo:

—¡Ay, señorito de mi alma! ¡Sí, la he hablao, bien sabe Dios que partiéndome el corazón, porque las que hemos sío siempre honrás...

—Bueno, ¿y qué?

—Que m'ha dicho que no, que de ninguna manera. Que ni manque le diera usté el Potosí, que quié a su novio, al Grabiel, y que por na del mundo consentirá en ser d'otro hombre.

Calló, haciendo un nuevo gesto de desolación.

El millonario, de todos modos, con las manos cruzadas y apoyadas sobre la enorme barriga, consideró unos instantes en silencio a la mujer. Luego dijo:

—¡Bien, mujer, no nos apuremos!... Tú sigue trabajando a la muchacha... Pero lo malo es una cosa...

—¿Qué?—preguntó la mujer ingenuamente.

—Que con este calor, y el viaje desde el pueblo, y mi temperamento, yo no me encuentro completamente bien...

—¿Está malo el señorito?—le interrumpió la bondadosa mujer, llena de interés—. ¿Quié el señorito que l'haga un refresco, una limoná mu fresca, con agua del pozo, qu'está como la nieve?...

—¡Cá, hija, cá; déjate de refrescos!—rechazó el millonario tirándose del pantalón para arriba con

su gesto peculiar y obsceno—; no son refrescos de esos los que yo necesito: lo que yo necesito ahora es una mujer.

Se ruborizó un tanto «la Mosca» al oír la cruda afirmación, y sonrió, arreglándose el pañuelo de la cabeza. Y ya no sabía lo que decir, cuando el amo vino a sacarla del apuro, preguntándole a boca de jarro:

—Oye, Pascuala ¿tú quisiste mucho a tu marido?

—¿Al Evaristo?... ¡Sí que lo quise, pobretico! Era mu güeno, usted lo sabe. ¿Por qué?

—¡No, por nada!... Estaba pensando... Y el caso es que no sé cómo arreglarlo... ¿Qué podría hacer, mujer, qué podría hacer yo ahora?

—¿De qué, señorito?...

—¡Coile, del hambre de mujer que tengo!... ¡Con el calor, y con el viaje, y mi temperamento!...

Y volvió a tirarse de los pantalones para arriba.

—¡Ah!—hizo ahora la guardesa, casi sin ruborizarse ya, encogiéndose levemente de hombros, y arreglándose otra vez el pañuelo.

Pero el amo se levantó de improviso, y fué hacia ella, echándole una mano por la espalda.

La había estado considerando unos instantes... y acabó por decirse que «no estaría mal tampoco esta mujer de unos cuarenta años escasos y que no era, ni mucho menos, fea»... ¡A ver, a ver!... ¡Una más!...

La mujer hizo un leve movimiento como de fuga, pero más bien por pura fórmula.

—¡Señorito, por Dios, que puén venir!...

—¡Quién va a venir aquí, mujer!—rechazó él, dándola un beso terrible.

—¡Déjeme usted que cierre la puerta siquiera!

Pero él no la dió tiempo:

—¡Qué puerta ni qué ocho cuartos!... ¡Ahora verás!... ¡Aquí mismo!...

Y hubo un terrible revoloteo de faldas y una terrible explosión de besos frenéticos...



III.—LA CUENTA



Dos horas después, don Mariano, arreglándose las ropas, le dió el último beso a la guardesa, a la vez que le alargaba quinientas pesetas en un solo billete con esplendidez de millonario.

—Bueno, ya lo sabes; ahora vendré por aquí todas las tardes, a estas horas. Procura que no haya una rata en el cortijo.

—¡Descuide usted, mi amo! Y muchas gracias.

—Adiós, mujer. Eres muy hermosa.

El millonario se marchó en busca del auto, alejado por su orden doscientos metros del cortijo. Desde lejos le vió y vino a encontrarle don Pepe, al que poco después contaba don Mariano la aventura.

—¿A *la Mosca*?

—Sí, hombre, a la Pascuala. Una gran mujer todavía. ¡Qué rica!...

—Eres un barbián. ¿Y ahora dónde vamos?

—Ahora, al Mimbral. Quiero abrazar a la Jerónima, y de paso, ver a mis hijos.

—Pero, bueno, Mariano, ¿cuántos hijos tienes en realidad?

—¡Ya he perdido la cuenta!—repuso el millonario bondadosamente—. ¡Muchos, muchos!... ¡Tal vez pasan de ciento! Ya he perdido la cuenta.

—No, verás. Si yo lo sé mejor que tú; sin contar los de tu mujer, tienes: de la Jerónima, cinco; de la Andrea, cuatro; de la Josefa, siete; de la Antonia, siete también; de la Mercedes, tres; de la... chica de la viuda, otros tres; de...

—¡Toma! Y te olvidas los cuatro que tengo de la Rosaura, en el Pino, y los ocho que tengo de la Manuela, en La Torreta, y de los cinco que tengo de *doña Gala*, en la Dehesa Grande... Y a todos los quiero, ya ves, y sobre todo, a las madres. ¡Qué ricas!...

Los dos rieron.

Era verdad.

Este hombre singular, de una bondad sin límites, de una inteligencia privilegiada (pues era listo como un lince, el alcalde, sobre todo para robar en el Ayuntamiento, y llevaba pimpantes y viento en popa todos sus negocios y sus fincas), tenía, además, un corazón como una casa. Sentía por todas las mujeres que se le daban una especie de ter-



—¡Ahora verás!... ¡Aquí mismo!

nura, de agradecimento infinitos, y por sus hijos un santo y hondo cariño paternal. Era un amor de patriarca, o de animal satisfecho, que nunca se saciaba. Sonreía siempre don Mariano, al que con razón le llamaban en toda la comarca el *tío Puñalero*, y sus íntimos, *el Garañón*. Y don Pepe comentó ahora, dando al alcalde palmaditas en la espalda:

—¡*El Garañón*, amigo!... Con razón te dicen *el Garañón*. Y estoy viendo que el día que menos te lo pienses recibes un comunicado de alguno de los Gobiernos de América, donde sabes que no hay gente, proponiéndote que vayas a poblarles aquello... ¡Vaya un *gachó*!

—¡Ah, iría!—dijo el millonario con enorme sencillez y sin picarse lo más mínimo—. También me gustan las americanas. ¡Qué ricas!...

* * *

La Jerónima acababa de darle de merendar a la chiquillería, cuando vió llegar el auto del amo.

—¡Calla, si es don Mariano!—dijo la administradora, llevándose instintivamente la mano al moño, pues estaba algo despeinada.

Y empujando a la criada rudamente para que se llevara a los chiquillos, corrió al encuentro del millonario y de don Pepe, que se apeaban en aquel instante ante la magnífica casa de campo.

—¡Muy buenas tardes!—saludó la mujer, que tenía una sonrisa encantadora—. Bien venidos.

—Hola, mujer—saludó el ricacho campechanamente—. ¿Quién hay por aquí?...

—Buenas tardes—dijo don Pepe, ya dispuesto, según costumbre, a alejarse del cortijo para dejar solos a los amantes.

—Nadie hay por aquí, don Mariano... La Ciriaca, con la chiquillería; pero ahora se iban para el molino.

Quedaron solos, poco después, los amantes.

—Pase usted para adentro, don Mariano—dijo Jerónima, entrando delante.

Y una vez solos en el hermoso y limpísimo porche de esta casa de campo, relativamente moderna y, sobre todo, arreglada por el millonario a la fresca moda andaluza para esta mujer, ella le echó los brazos al cuello y le buscó la boca con su boca.

—¡Chiquillo mío! ¿Por qué no vienes más por aquí?... ¡Ay, cómo me abandonas!... ¡Anda, vamos para arriba!...

—¡Si no puedo! Si no tengo tiempo, mujer. ¿Tú sabes la de asuntos que llevo siempre entre manos?...

Pero ella le regañó dulcemente:

—¡Anda, malo, que yo sé en qué pasos andas tú!... Pero tengo una satisfacción: la de saber que ninguna mujer puede quererte como yo te quiero, y que con ninguna... disfrutas tú como

conmigo... ¡Ven para arriba, que te lo voy a demostrar prácticamente!...

Subía delante la mujer, sí, con un alegre ruido de faldas, y dejando tras de ella un perfume embriagador de hembra brava, de mujer sana y fuerte, que excitaba al hombre... El la veía desde unos escalones más abajo, moviéndose con una gracia femenina que siempre le había enloquecido... Imposible imaginar una mujer más profundamente femenina que esta Jerónima singular, de rostro de melocotón lleno, de ojos azules y ardientes, de rubios cabellos como espigas y con una exuberancia de formas magníficas, que no quitaba a su cuerpo de matrona una elegancia y una belleza clásicas. Dijérase que era una de aquellas diosas de la Mitología que había sobrevivido al tiempo y continuaba viviendo en estos campos, rodeados de viñas y encinares, de huertas espléndidas también. Era casi alta, esbelta y elegante como una muchacha de París. ¿Qué edad tenía esta mujer?... ¿Veinticinco, treinta, treinta y dos años?... No se sabía, aunque don Mariano le asignaba unos veintiocho o treinta cuando más. Había quedado huérfana muy joven, y por ser hija de uno de los capataces de sus fincas, que la educaba como a una señorita, don Mariano la tomó bajo su protección. Y antes de dos años, cuando la chiquilla debía tener dieciocho o diecinueve, eran amantes. No hay que decir que el ricachón se apresuró a arreglar para la muchacha esta casa, que era un

palacete, y que la puso criadas y un tren de bienestar envidiable. Le regaló treinta mil duros, y cada vez que tenían un hijo casi le doblaba la cantidad.

—¡Anda, ven!

Abrió la mujer la puerta de la alcoba, que daba a una alegre galería con columnas, y entraron.

Con el calor, Jerónima iba ligera de ropa, y poco tardó en desnudarse. Entonces se echó en el lecho, grande y fastuoso, con un alegre pataleo de animal hermoso y ardiente.

El millonario la miraba, encandilado de belleza. Era soberbia, magnífica, blanca, con una blancura de nardo, o de azucena, o de estatua de mármol, con unas formas admirables, y bravas, y altivas; además, su carácter era alegre, comunicativo, exuberante, lo mismo que su naturaleza. Ya ardía en deseo, abriendo los brazos, entreabriendo la boca y mirando al millonario con ojos ardientes de diosa... Y don Mariano enloqueció...

* * *

Después de *la fiesta,* entre risas, entre besos escandalosos que estallaban como cohetes, con los dos balcones entreabiertos y por donde, a través de las blancas cortinas limpísimas de tul, entraba el aire puro de los campos oliendo a romero, a tomillo, a pámpano y a sol y a río, el millonario y Jerónima se reunieron con don Pepe, marchan-

do hacia el río cercano en busca de la sombra de los álamos y de los cañaverales. Allí, en un sitio a propósito, escondido entre la umbría, había hecho construir el millonario el más delicioso de los cenadores. Junto a los altos cañaverales y los bosquecillos de chopos y de álamos, habían crecido algunos pinos gigantescos, como avanzadas de los pinares que se extendían al otro lado del río. Era más bien una rambla, que recogía las aguas de las lluvias de la enorme sierra de enfrente, el Molar, y en tiempos de calor, como ahora, sólo llevaba por el centro un par de metros de agua de las fuentes, un agua clara, eso sí, lo mismo que un cristal, y bajo cuyos besos y caricias florecían por toda la ribera o formaban deliciosas islas de verdura entre la arena, una multitud de flores silvestres y de plantas olorosas: mastranzos, oréganos, hinojos, mejorana, romeros, retamas...

Y allí, precisamente, aprovechando los troncos y el boscaje de dos pinos gigantes, había hecho don Mariano que un carpintero de Torres construyera el cenador, oculto, como un nido entre la espesura de las ramas eternamente verdes.

Subieron. Abajo, en los remansos del río croaban las ranas, y los ruiseñores y los mirlos y los jilgueros cantaban, se estimulaban y se perseguían entre la arboleda y la frescura de los cañaverales. Y el aire era como un derramado perfume de jazmines y de limoneros...

—¡Aire, a merendar, que tengo un hambre que no veo! ¿Y los chiquillos?

Se mandó a por ellos. Y Jerónima misma, ya acostumbrada a estas cuchipandas que seguían a las fiestas con don Mariano, hizo una tortilla de doce huevos, despedazó un jamón, sacó de la despensa dos varas de longaniza, y luego, servida y ayudada por Bartolo y por las dos criadas, lo trasladaron todo al cenador. Después, Remigio, el mozo, trajo dos panes enormes de la cocinilla y se cogieron dos melones, poniéndolos a refrescar en un cesto, en el remanso grande. El vino, fresco, espumoso, purísimo, «uva pura», como decían las gentes del campo, y que llenaba el cuerpo de dulce calorcillo, como una caricia oculta, se trajo del lagar, atestado de pipas polvorientas, y era de hacía doce o quince años. ¡Aire, a comer!

A quien había que ver comer era al insigne don Mariano. Tenía a un lado a Jerónima y al otro al mayor de sus hijos, que tenía ahora casi once años, y el más pequeño, una niña rubia de cinco, le cabalgaba en las rodillas. ¡Y cómo comía! Mejor dicho, ¡cómo tragaba!... Se echó al coleto, para empezar, tres huevos crudos recién traídos del gallinero, y luego se comió: la mitad de la tortilla, casi medio jamón y tres palmos de aquella butifarra que era más bien un salchichón rústico, pero riquísimo. Después, él solo se comió uno de los melones, un melón que trascendía a plátano

y a almendra, fresco como la nieve. Y entre plato y plato, cogía la *porrona* del vino y se *dormía* con ella en alto, cerrando los ojos como para recibir con regodeo beato el chorrillo fresco del vino que le daba en la garganta y se deslizaba después con alegre «glú-glú» por el gaznate hasta el estómago. Al final, don Pepe le brindó y le encendió por sí mismo un puro soberbio, un *águila imperial* de cuatro duros, de las que el secretario llevaba siempre a prevención para brindar a don Mariano.

El caso era que este hombre singular y riquísimo era dichoso viendo comer a sus hijos y a las queridas y viéndolos a todos, como a éstos, limpios, con caras de salud, bien instalados en la vida, alegres, locuaces... A no haberlo sabido, se les habría podido tomar por matrimonio honrado y feliz...

Luego de la merienda, los niños besaron y abrazaron al *padrino* (le llamaban así por ser el *padrino* del mayorcito), y le acompañaron en triunfo hasta el auto, que esperaba en la umbría, cerca de la carretera. Los amantes casi nunca podían besarse al despedirse, y ambos se resignaban a darse un furtivo apretón de manos, lleno de elocuencia.

Entraron en el pueblo los dos amigos ya de noche. Y el secretario del Ayuntamiento y *alcahuete de corps* del alcalde, se quedó en su casa, unas pocas más allá de la de don Mariano. Este le vió

desaparecer tras la puerta, pequeño, delgadito, con su bigotillo que parecía un trozo de carbón, sonriendo y haciendo genuflexiones eternamente al millonario, del que podía decirse que vivía y que habíale sacado de la nada. La única pasión de este hombre pequeñito, aparte la de ir reuniendo cuantos billetes le alargaba con frecuencia el millonario por *sus corretajes*, era la de tocar interminablemente, y admirablemente también, por cierto, la vihuela.

Don Mariano entró en su casa.

Y contra lo que habría podido esperarse, no era la casa de un hombre vulgar, sino al contrario: un verdadero palacete, rodeado de jardines, con un despacho espléndido, con estancias regias, con libros, con un salón de música.

En el despacho, don Mariano, que era abogado, aunque jamás se había acordado de ello, tenía su inútil título en un marco de oro. Y a un lado y otro, estanterías llenas de libros magníficos que el millonario gustaba leer y hojear de vez en cuando. Y el comedor, las alcobas del piso principal, los salones, todo estaba alhajado y amueblado en esta casa con un lujo del mejor gusto. Cuatro criadas y una cocinera atendían al servicio de la familia.

Don Mariano vió que acudía su mujer a su encuentro. Y sin pizca de remordimientos, pero sin ausencia, ni mucho menos, de ternura y de ca-

riño sincero, la besó y abrazó, contestando a sus preguntas:

—Sí; hemos estado en la Blanquiza, y luego en el Mimbral, donde sabes que tengo trabajadores. Allí hemos merendado. Todo va bien.

Y se puso a desnudarse, ayudado cariñosamente por su esposa, por esta dulce y bondadosa doña Blasa, que, segura como estaba de las infidelidades eternas e incorregibles de su marido, no podía evitarse el sentir por él un cariño sin límites ni barreras, una ternura y un respeto rayanos en el frenesí, un deseo, ¡sí, un deseo también!, insaciable, el deseo insaciable del cariño verdadero..., y que casi temblaba cogiéndole las ropas y llevándole las que se ponía para estar en casa más fresco y más cómodo.



IV.—«FRAGANTI»

Pos yo que usted, señorita, lo haría—decía una y otra vez Agueda, la cocinera..

—¡Ay, hija! Es que yo no me lo puedo creer—contestaba doña Blasa conteniendo un gran suspiro.

—¡Porque usted es muy tonta, señorita de mi arma, y perdóneme usted que se lo diga!... ¡Si yo estuviá casá y mi marío me engañara como el suyo l'engaña a usted..., ¡bueno!..., de ca broncazo s'iba a oír en Verdún!... Y yo no sería tan buena como usted..

—Yo no puedo creerme eso, Agueda.

—Pos en sus manos está el convencerse, señorita. ¿No le digo que me l'ha dicho la Tomasa?... ¡Y que se van a ver esta tarde!...

—¿Esta tarde?

—Esta misma tarde. Es que..., ¡a ver si s'en-

tera usted, señorita, que como está usted loca por su marío, no se fija en lo que le digo! Verá usted lo que hay: don Juan, el marío de doña Nicolasa, se ha marchao esta mañana a Madrid, y le ha faltao tiempo a la muy..., ¡Dios me perdone!, de la cojita, que paece una santa y es *un punto,* pa mandarle un recao a su marío, al señorito, c'ándolo para esta tarde...

—Pero—interrumpió la dueña de la casa—¿para algo malo, Agueda?... Porque mi marido, como yo, los visita. ¡Doña Nicolasa! Si somos amigas de toda la vida...

—Usted es una enfeliz. ¡Pa saludarse que lo llama!... ¡Ay, mi ama!... ¿No se lo digo yo que s'entienden?... ¡Y usted, si no fuá una enfeliz, como es, podía cogerlos esta misma tarde *fraganti!*...

Hubo un silencio.

Las dos mujeres cosían en la galería del último piso de la casa, teniendo alrededor un verdadero jardín de macetones de hortensias, de claveles, y abajo, la realidad del hermoso jardín del palacete. Eran las cuatro escasamente de una espléndida y serena tarde de verano. Y Agueda, la cocinera, había tenido especial interés en quedarse sola con *el ama* y en que subieran las dos aquí, libres del ajetreo de las cuatro criadas y de las niñas y los chicos para hacer a la señora la terrible confidencia.

Se resistía, se resistía a creerlo doña Blasa Me-



—Usted es una infeliz.

jor dicho, se resistía a creerlo su corazón, enamoradísimo del marido, acostumbrado a ver en aquel hombre el ídolo, el amo, el *iniciador*, el hombre querido, todo lo que puede ser un esposo adorado hasta el frenesí por una mujer; el padre de sus hijos, el ser fuerte que la protegía y la defendía en la vida y, sobre todo, ¡oh, sí, que Dios la perdonara!, el hombre que le gustaba más en este mundo, bajo todos aspectos, y el *macho* cuyas caricias le habían despertado a ella al amor y la seguían enloqueciendo... ¡Ay, no, no!... ¡Que no le faltara nunca su Mariano, porque se moriría, o se volvería loca, o se mataría!...

—Bueno; pero..., ¡mujer!—dijo al fin doña Blasa, sintiendo, a pesar suyo, unos celos que la mordían en el corazón—, ¿quién sabe eso?

—La Tomasa, la Tomasa, que los ha visto, que los vió la otra vez, cuando don Juan se marchó a Valencia.

Miró doña Blasa a su cocinera con unos ojos brillantes y fieros. Estaba encendida, y su hermoso busto le palpitaba como dos palomas escondidas... ¿Podría ser verdad aquello tan horrible, gran Dios?... ¡Con Nicolasa también; con su mejor amiga, la compañerita del colegio, a la que ella había querido siempre como una hermana menor!... No, no era posible. Además, ¿qué podía tener Nicolasa que ella no tuviera? Era guapa, es verdad; pero cojita, con una belleza ridícula, a pesar de que era muy bien formada. Y... ¿qué?

¿Qué podría ofrecer Nicolasa a su marido, a este Mariano adoradísimo, que ella no le diera?...

¡Ah, con el tiempo y su pasión siempre encendida, había llegado a ser doña Blasa una maestra en todos los amores, todos los placeres y todos los refinamientos... Y a todo se prestaba, y todo se lo concedía, y todo lo aceptaba con una alegría loca doña Blasa, con tal de ver contento y sonriente al marido idolatrado. «¿Quieres tú esto?... ¿Quieres tú lo otro?... ¡Pues, sí, anda!» Y era una donación absoluta, de todos los instantes, de todos los días, de todas las horas de la noche...

Recordaba que en una ocasión, durante una corrida de toros, Mariano comenzó a mirarla obstinadamente el pecho, los ojos, la boca... De pronto la dijo, deslizándole como un soplo al oído: «¡Tengo hambre de ti!, ¿sabes?... ¡Vámonos!» En vano la mujer intentó disuadirle; pretextando que Mariano se había indispuesto un poco, de repente, salieron del palco y de la plaza, volvieron a casa al trote vivo de las mulas jovencitas, y brillantes, llenas de lazos, de cascabeles y madroños..., y en cuanto entraron en el primer salón su marido cerró la puerta, y sin darla tiempo a que se despojara siquiera del sombrero, la abrazó tres veces en la *chaise-longue* que caía debajo de la estatuílla de las *Tres gracias*... Y aún tuvieron tiempo de volver a la plaza y ver los dos últimos toros. ¡Y aquello había ocurrido cuando ya lle-

vaban ellos casi tres años de casados y ya había nacido el primer hijo!...

¿Qué encontraba entonces este hombre en las otras mujeres que ella no le diera, y le diera con loca alegría, con loco entusiasmo de enamorada? ¡Si lo adoraba más, infinitamente más que en los días de fuego y de rosas de la luna de miel!...

—Yo no me lo creo—murmuró al fin, como si resumiera en aquellas palabras todo lo que iba pensando y sintiendo.

—Pos no tié usted más que convencerse por sus propios ojos, señorita. ¿Quié usted que llame a la Tomasa?

—Sí, llámala.

—Ahora mismo.

Un instante después penetraba en la galería la Tomasa, la cocinera de don Juan. Los huertos de todas estas casas comunicaban con un callejoncito apartado que iba a dar a la Explanada, un hermoso jardín público donde se celebraba la feria.

—Muy buenas tardes, señorita; ¿cómo está usted?...

—Hola, Tomasa; bien, ¿y tú?... Vete sentando. ¿Es verdad eso que me cuenta Agueda?

—Ya lo creo, señorita. Yo, misté, si los señores se portaran conmigo como debieran, después de lo que yo tengo hecho por ellos, cuando la señorita estuvo a la muerte, no hubiá dicho na; pero en vista de que los dos son conmigo

unos perros... ¡no tengo que callarme! Esta tarde misma se ven.

—Pero ¿tú sabes que mi marido?...

—¡Ay, señorita de mi alma!... ¿Usted lo cree un santo?...

—¡Mujer, tanto como un santo, no te diré! Sé que tiene historias por ahí, y mujeres, y líos; pero es por los cortijos, lejos de mi casa y del pueblo, y no viéndolo, la verdad, parece que no duelen tanto las cosas; pero con tu ama, y ahí, ¡ahí mismo, tres casas más allá de ésta..., bajo aquella terraza, en mis mismas barbas, como aquel que dice!... ¡Vamos, que me resisto mucho a creerlo, y que si eso fuera verdad!...

—Mi señorita no se lo cree—medió Agueda—; ya lo estás viendo.

—Es bien fácil pa la señorita *cerciolarse*—dijo la Tomasa, queriendo tirárselas de fina—; si usted quiere, yo la escondo en la casa ¡Si son unos pillos, que la paguen!

Brillaron los ojos de doña Blasa.

—¿De veras?...

—De veras, señorita. Usted luego me daría a mí lo que quisiera, qu'usted sabe que yo soy una probe viuda con tres hijos y que me cuesta mucho ganarlo... Y así los cogería usted...

—¡*Fraganti!*—interrumpió Agueda, acentuando la palabra, que ella creía pronunciar bien.

—Pues nada..., ¡ahora verás! Espera; toma, ten, voy a darte mil pesetas por lo pronto. Y tú

te encargas de llevarme para allá. Pasaremos por el callejoncito, ¿no es así?

—Sí, señora, sí. Y no, no me dé usted ahora nada, que no tenemos tiempo que perder; la cita es a las cuatro y media; son ya las cuatro y cuarto largas... ¡Conque!...

—Pues vamos allá. Yo voy así mismo.

Aprobó Agueda el *arranque* de su ama, y las tres mujeres salieron. Poco después bajaron al jardían, y Agueda quedóse gobernando a las otras criadas de la casa. Los chicos, las muchachas, andaban por el colegio o en la parte del jardín que caía a la calle de Granada, la principal del pueblo.

Tomasa y la señora salieron del jardín al huerto, y luego de aquí al callejoncito. No se veía a nadie por aquí, desierto todo esto contra el flamazo del sol.

—¿Quién hay en la casa?

—Nadie, señorita. Nadie más que mi señora. Evarista, la otra criada, ha ido hoy a su casa, a las Cuevas.

—¡Ah!

—Sí, señora. Y escúcheme usted. Nosotras entraremos por la cocina, y yo la subiré a usted por la escalera del cuarto de baño hasta el ropero. Usted conoce la casa como yo, y la esconderé en un armario. Después, cuando... llegue su marido y estén... en too lo suyo los dos, sale usted y les arma la primera escandalera...

—No, eso, no—opuso doña Blasa, que temblaba interiormente—; yo no quiero más que cerciorarme, ver que es verdad... Y luego marcharme.

—¡Ah, eso, allá usted! Pero l'advierto, señorita, que por mí no lo deje usted, que yo soy la primera que pondría el grito en el cielo...

—No, no...

—Bien. Como usted quiera. Ya estamos.

Habían llegado.

El postigo estaba abierto y entraron en el jardín. Nadie tampoco. Un gato, gordo y reluciente, vino a restregarse contra la cocinera.

—Y ahora, ni una palabra, señorita—recomendó Tomasa—. La señora está en su tocador, arreglándose. Yo subiré con usted pa que no la extrañe si siente ruido.

Doña Blasa asintió en silencio.

Siguió a la cocinera, conteniendo los latidos de su corazón y forjando ya la fábula que diría a su íntima amiga si llegaba a descubrirla. Venía con mucho frecuencia a esta casa, a la casa de esta mujer, a la que ella quería como una hermana menor. Nicolasa tendría ahora unos treinta y cinco años. Y ésta, la de su juventud relativa, era la única superioridad que Blasa concedía a la traidora que le robaba el amor del marido...

Atravesaron la cocina, limpísima; el porche luego, y penetraron en un cuarto de baño fresco y grato. De una estancia inmediata a éste partía una escalera, que iba a morir en el piso princi-

pal, a una especie de ropero, lleno de armarios grandes y magníficos. Tomasa hizo seña a doña Blasa para que se embutiera en uno, y la señora obedeció. Al mismo tiempo, Tomasa, empujando la tapa del espejo, dijo en voz alta:

—Soy yo, señorita.

—¡Ah!, ¿eres tú?—repuso la voz tranquila y serena de doña Nicolasa en el cuarto inmediato.

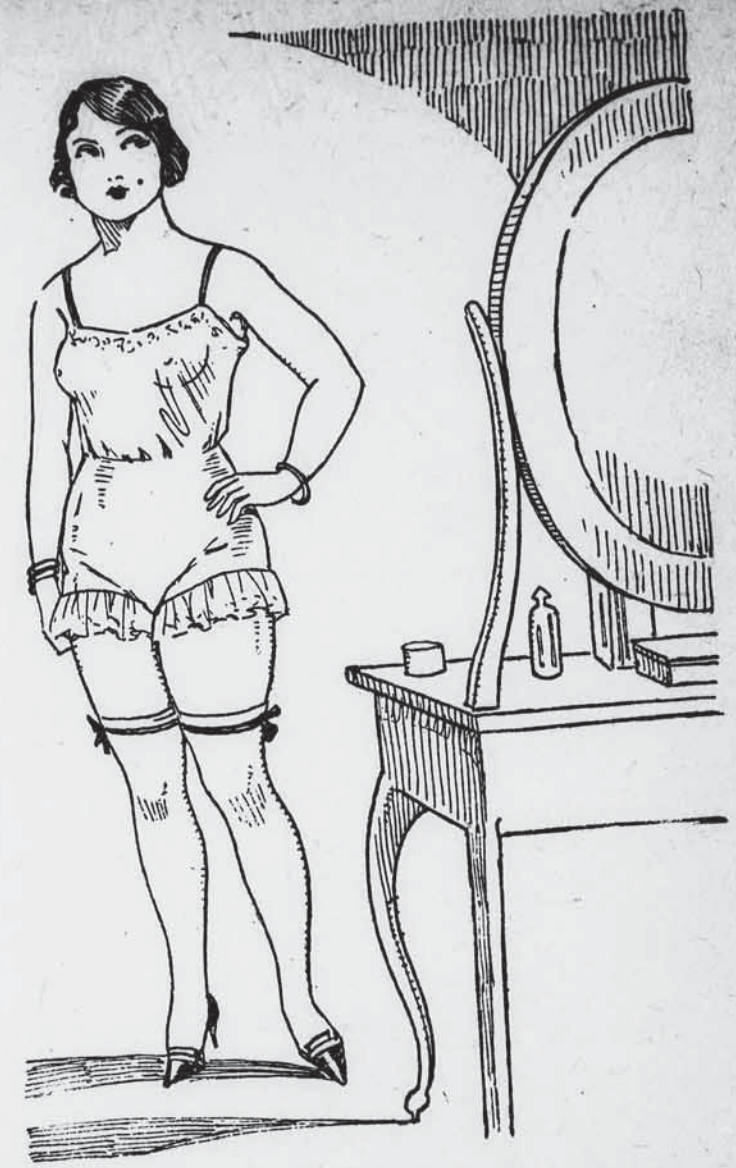
Eran unas estancias claras, alhajadas con un lujo coquetón y amable, y donde se veía en seguida que vivía una mujer joven y hermosa. La dueña de la casa, en efecto, estaba en pantalones cuando Tomasa penetró en el *boudoir,* amplio y tapizado de rosa delicadamente. Había dos *chaise-longues* soberbias a los lados, y cojines y espejos y alfombràs magníficas, y flores y muebles caros junto al tocador suntuoso, y flotaba en el ambiente un perfume embriagador hecho de mil perfumes exquisitos. Los dueños de la casa eran, en efecto, ricos, y como no tenían hijos, se daban una vida regalada.

—Ya he matado el pollo blanco, señora—dijo la cocinera—. ¿Cómo querrá usted que se lo ponga esta noche?

—¡Ah, hija, como quieras, Tomasa!—repuso la dueña de la casa en tono distraído y sin dejar de contemplarse en el espejo.

—¿Cena sola la señorita?

—Sí; es decir, no. Vendrá doña Clara con el nene, mi sobrino. Pondréis tres cubiertos.



... estaba realmente hermosa.

—Está muy bien, señorita. ¿No me manda usted nada más?

—Sí; que estés al tanto para cuando venga don Mariano. ¿Se fué ya la Evarista?

—Sí, señora. Ya está en su casa hace más de una hora.

—Muy bien. Pues tú, cuando venga... ese señor, lo mandas para arriba, y nada más. Y no subas hasta que yo toque el timbre.

—Muy bien, señorita.

—Si viene alguien, ya sabes. No estoy en casa. Dices que he salido por el jardín y que debo estar en casa de alguna amiga...

—No tiene que advertirme la señorita.

—Hasta luego entonces.

* * *

Doña Blasa, oculta en el armario monumental, había escuchado el diálogo, y sintió que su corazón se fundía en lágrimas. ¡Así, era verdad, era verdad!... ¡Mariano, su Mariano adoradísimo, iba a venir aquí, estaba citado con esta mujer, era el amante también de Nicolasa, de *la coja,* de su mejor amiga!... ¡Qué sarcasmo!...

Contuvo los sollozos, sin acertar a comprender qué encontraría su marido en las otras mujeres que ella no le diera... Y la infeliz y dulce mujer casi formuló este pensamiento:

—¡Ah, me alegro, casi me alegro de *verlos*

para ver qué puedo hacer yo!... ¿Qué más puedo hacer?... ¿Qué más puedo hacer, Dios mío?

Se recogió las lágrimas en un pañuelo durante unos instantes; pero luego la misma fuerza de su amor, de su ridículo también, la hizo erguirse. ¡Basta de debilidad!... ¡Era innoble que ella llorara, además, cuando iba a ver lo que iba a ver! ¡Su marido engañándola con su mejor amiga!...

Pasó un rato, ¡un siglo!

Doña Blasa oyó los pasos de su amiga moviéndose en la inmediata estancia, y por la portezuela entreabierta la vió cruzar sobre la alfombra en pantalones. Unos pantalones lujosísimos, llenos de encajes, tan cortos que le dejaban al aire los muslos, espléndidos, soberanos. La cojera de Nicolasa obedecía a una ligera coxalgia que apenas la hacía vacilar un poco al moverse. ¡Nada en realidad!

En cambio, estaba realmente hermosa, con su juventud de muchachota gruesa y fuerte, con las pomas de los senos altivos y triunfales, desbordando del canesú sus muslos poderosos de matrona joven, sus pantorrillas espléndidas... Era guapa, con una belleza de gran cocota o de actriz, y sus dedos y sus orejas reluciendo bajo las gemas de las joyas caras... Además, su...

De pronto, doña Blasa interrumpió su pensamiento. Acababa de sonar un timbre abajo..., y la mujer pudo reconocer los pasos y la voz inconfundible de su esposo, que decía:

—Muy bien, Tomasa, muchas gracias... Sí, no te molestes.

Nicolasa atravesó de nuevo su *boudoir,* entró un instante en este ropero y cerró la puerta con llave. Pero al salir de nuevo al *boudoir* dejó de par en par la puerta que comunicaba al roperito y la otra estancia. De este modo, doña Blasa casi veía toda la habitación contigua sin moverse de su observatorio...

Don Mariano tocó discretamente con los nudillos en la puerta del fondo, cuando aún no hacía medio minuto que la dueña de la casa habíase echado una bata japonesa por los hombros. En realidad aparecía con una semidesnudez aún más apetitosa y tentadora.

—¡Adelante!—dijo la voz de doña Nicolasa en tono dulce de caricia.

Y don Mariano entró. Lo vió su mujer, desde su escondite, penetrar en la estancia descubierto ya, sin el sombrero, que debía haberse dejado abajo..., y lo vió cerrar la puerta y correr la falleba tras sí. En seguida corrió hacia Nicolasa, que le recibió con los brazos abiertos. Y los culpables se dieron un largo y dulcísimo y callado beso en la boca.

—¡Anda, vida, que me muero por ti!—murmuró el loco, semideshaciendo el abrazo y despojándose de las ropas.

¡Ah, sí!... Doña Blasa, con los ojos fijos

como los de los muertos, lo vió todo, lo oyó todo: el hombre, como hacía siempre con ella, disparaba las prendas de su ropa, que iban quedando esparcidas por los muebles, por el suelo... Luego caía sobre la mujer, y él mismo la desnudaba, desgarrándole los vestidos... Aquí, la tarea fué bien fácil y apenas duró medio minuto... Y doña Blasa presenció la traición desde el principio al fin... Fué sobre una de aquellas *chise-longues* flamantes y mullidas que había en el *boudoir*... Y cada vez que el hombre pedía a su amante más caricias, doña Blasa, con los ojos desmesuradamente abiertos, iba diciendo:

—¡Dios mío!... ¡Igual que conmigo, igual que conmigo!... ¡Y esto también!... ¡Y esto!...

Pero de pronto el hombre pidió algo extraño y confuso... Y los ojos de doña Blasa vieron que su esposo se entregaba con la amante a una caricia nueva por ella desconocida...

Entonces, un sentimiento de humillación invadió su alma y sus sentidos...

Estuvo a punto de empujar el armario, de salir y sorprender a los traidores *fraganti,* como decía su cocinera... Mas..., ¡no!...

Su amor propio no le permitía mostrarse en este instante. Hubiera sido el colmo del ridículo, sobre todo desde el momento en que ella, ni aun viendo palpable y clara la traición de su marido, podía dejar de querer a este hombre...

La rabia, los celos, un dolor agudísimo la mordían en el mismo corazón...; pero tuvo el valor de esperar allí, cerrando a veces los ojos, abriéndolos a pesar suyo otras, hasta que... terminó la fiesta.

Entonces los amantes se vistieron lentamente, salieron de la estancia y poco después vino la Tomasa a libertar a la prisionera.

La dueña de la casa estaba aún con don Mariano por un salón de allá, delante, comiendo los dos pasteles y tomando unas copitas de vino generoso.

—¿Qué?... ¿Se convenció usted, señorita?—preguntó la cocinera.

—Sí, hjia, sí—repuso doña Blasa más muerta que viva, deseando no más que escapar.

—¿Y cómo ha tenío usted tanta santa *pacencia,* señorita de mi alma?... Porque yo estaba esperando que armara usted una escandalera que s'oyera hasta en Alicante.

—No—opuso la infeliz, que iba transida de dolor—. ¿Para qué?. . Ahora...

—¿Ahora?—le interrumpió la otra, acompañándola a través del jardín y dejándola en la puerta del huerto—. Yo que usted lo que haría ahora sería, ya que no quié usted dar un escándalo, tener a su marido *a dieta* hasta que reviente..., qu'así tuve yo a mi marío una vez que supe que m'engañaba, que lo tuve *sin catarme* más d'un año,

hasta que subía por las paredes como un gato rabioso.

La alcaldesa murmuró unas palabras banales y se fué.



V.—EL CASTIGO



L llegar a su casa, doña Blasa se encerró en un salón del piso principal, inmediato a su alcoba, y se echó, llorando a lágrima viva, sobre un lindísimo canapé.

Agueda, la cocinera, que había conseguido entrar con su ama, intentaba en vano consolarla:

—Pero..., señorita de mi alma, ¿y a qué vie too esto, válgame Dios y toa la corte celestial?... ¡Esta es buena: de modo qu'usted es la escalabrá y aún llora!... ¡Cuando yo digo qu'a toas las mujeres nos debían de colgar d'ande yo me sé, por tontas y gallinas! En vez de coger a su marío y pelarlo, el mu perro, con una mujer tan buena y tan guapa, señorita de mi alma!...

—¡Déjame, Agueda!—gemía la dueña de la casa llorando interminablemente.

—No tié usted que llorar, señorita. Así, ¿lo ha visto todo?

—Todo, Agueda, todo. ¡Todo era verdad! ¡Y tanto!... ¡Mucho más de lo que yo podía imaginarme!...

—¡Ah, ve usted cómo la Tomasa tenía razón! ¡Miusté cómo la cojita y cómo *pa eso* no cojea!... ¡Poniéndole al marío la cabeza hecha un bosque! Pero usted no lo tome así, señorita de mi alma!

—¡Cómo lo voy a tomar, mujer!

—Con más cachaza. ¿Los hombres?... ¡Si son toos unos perros, traidores y desagradecíos... ¡Dicen de nosotras..., que si somos ligeras, que si somos más fáciles y más tontas!... Pos, ¿y ellos? En cuanto un hombre se da cuenta de que le gusta a una mujer..., ¡¡adiós mi dinero!!, ya lo tié usted dándole vueltas a la dama, hasta que, ¡claro!, caen los dos como maripositas... Y en cuanti a eso, la verdad, señorita, hay que reconocer que su marío d'usted, el señorito, es mu guapo y con un ángel y un *aquel* que...

—¿Tú también encuentras tan guapo al señorito, mujer?—interrumpió la alcaldesa con una ironía amable.

—Sí, señorita; pero, ¡por Dios, por Dios, no se vaya usted a pensar na malo!, ¿eh?... ¡Que yo no tengo na que ver con el señorito!

—¡Puede que seas la única en el pueblo!—comentó doña Blasa dolidamente.

Luego, ya más calmada, estuvo escuchando los

consejos de su cocinera. Lo mejor en estos casos era *negarse* al hombre. ¿No le gustaban las otras? Pues que se fuera con ellas, ¡qué caramba! Demostrarle al marido que ella tenía mucha dignidad y no perdonaba así como así.

Ya muy tarde, como de costumbre, vino don Mariano a su casa. La mesa estaba puesta, como siempre, con gran lujo de flores y de cristalería y cubiertos caros; pero doña Blasa no andaba por el comedor ni la cocina.

—¿Y mi mujer?—preguntó el César, extrañado de aquella ausencia, pues solía su esposa salir a recibirle siempre al porche de la casa.

—La señorita está algo mala y se acostó—repuso una doncella.

Y, ¡oh paradoja incomprensible en este hombre que engañaba a su mujer dos o tres veces al día!..., el alcalde sintió una real inquietud y subió apresuradamente las escaleras de la casa, dirigiéndose a la regia alcoba conyugal.

Doña Blasa, en efecto, se había acostado; pero, contra su costumbre, se había puesto una camisa de lujo, se había peinado y perfumado y limpiado de nuevo los dientes y las uñas, y tenía un aspecto lánguido que hizo recordar a don Mariano las noches en que su mujer... le pedía guerra.

—¿Y esto, nenica, qué tienes?—preguntó el alcalde solícitamente.

Ella, sin mirarle, con una expresión de esfinge en el rostro, aún muy bello, contestó:

—Me puse un poco angustiosa. No es nada. Ve a cenar.

Tenía un libro en la mano y fingió leer.

El alcalde frunció un poco el ceño.

—¿Y... no me das un beso, mujer? ¿Así me recibes?...

Se inclinó a ella para darla un beso; la mujer, por un sentimiento irreprimible, iba a volver el rostro; pero una fuerza superior a sus fuerzas la contuvo. ¡Su Mariano!... ¡El hombre tan querido!... Y se dejó besar, y hasta ella misma le dió al hombre un beso tenue.

—¿Y este beso, mujer?—desconfió él, poniéndose más en guardia—. ¿Qué tienes?

—Nada, hombre. Ve a cenar y sube. Tengo que decirte una cosa en cuanto se acuesten los niños.

—¿Algo grave, por lo visto?...

—Sí; algo muy grave. Ve a cenar, te digo.

Don Mariano no quiso insistir. ¡Comprendía! Algún chisme que le trajera alguna criada. Se encogió moralmente de hombros y salió de la alcoba, porque él sabía cómo se arreglaban estos asuntos con todas las mujeres, particularmente con su esposa. ¡Era una malva! «¡Qué rica!»...

Cenó el alcalde con su gran apetito y su buen humor de siempre, y cuando sus hijos se hubieron acostado y las criadas comenzaban a hacerlo también, subió a su alcoba.

Cerró por dentro.

Su esposa seguía leyendo, y él comenzó a desnudarse, sin pizca de inquietud.

—Bueno, hija; mujer, ¿quieres decirme lo que tienes, lo que te pasa?...

—¿Lo que me pasa?... ¡Lo que me pasa es que nunca pude sospechar que fueras un hombre tan infame, tan malo, tan cínico y tan traidor!... ¡Una mujer como yo, que te ha adorado por encima de todas las cosas de este mundo, que ha hecho de ti el ídolo de su vida, que sólo ha vivido para ti, que... ¡Ay, pobre de mí, qué desgraciada soy!...

Don Mariano, en calzoncillos, en el centro de la alcoba, habíase quedado boquiabierto ante aquella rociada y aquella escena, y tenía un aspecto ridículo.

Pero sonrió con su cachaza de siempre, acercándose a la cama y zambulléndose dentro, al tiempo que pensaba para su capote:

—¡Sí, nada! ¡Ya sé adónde vamos a parar! ¡Cuando una mujer dice que *es muy desgraciada*, es que le falta una cosa que yo me sé!... ¡*Qué ricas*!...

Acentuó más su sonrisa y se inclinó sobre la esposa, abrazándola al tiempo que decía:

—¡Mujer! Pero... ¡mujer!, ¿a qué viene esto?... Te habrán venido contando sepa Dios qué!... Y tú, que eres tan simple, lo habrás creído...

—No tengo que creer nada: lo he visto yo. Tú eres un infame, que me engañas *también* con Nicolasa, la cojita de don Juan. Yo os he visto esta tarde, en el *boudoir* de ella, a los dos... No niegues: lo he visto todo; estaba allí escondida... Alguien ha vendido a tu amante y yo lo he visto todo... Ella llevaba pantalones azules, y tú... ¡Pobre de mí, qué desgraciada soy!...

La declaración dejó al alcalde fulminado. ¡No cabía duda!... ¡Su mujer lo había visto todo!...

Pero, pasado el primer instante de sorpresa inaudita, don Mariano comenzó a reaccionar. El sabía cómo se arreglan estas cosas... Abrazó más fuertemente a su esposa, que comenzaba a mostrarse más blanda, más vencida... La empezó a dar besos, muchos besos, al tiempo que la hablaba con su incomparable dulzura de Don Juan provinciano:

—¡Bah, mujer!... Sí, es verdad; ya ves si soy noble que no quiero negártelo...

—¡Estaría bueno! ¡Lo he visto yo!

—Bien; pero yo podía llegar en mi maldad a negar todavía. Y ya ves que no lo hago. Eso prueba que te quiero de veras. Además, tú eres tú, la única mujer a quien yo quiero, la mujer que me enloquece, con sólo que me dé un beso, como nadie me lo ha sabido dar, y con la que... ¡Bésame tú, alma mía!...

Doña Blasa se resistió al principio; pero en menos de media hora estuvo rendida...

¡Y nunca, en tantos años, se mostró con su esposo más dulce, más complaciente, más bondadosa, ella, que era todo bondad, y dulzura, y amor!...



Compre usted

LA BELLEZA

Publicación mensual

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

UNA peseta

LEA USTED

EL TEATRO MODERNO

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN EXITO DE LOS MEJORES AUTORES

LUJOSA EDICION

50 CENTIMOS